

LA IRA Y LA AGRESIVIDAD HUMANAS

La existencia y la importancia de la ira y de la agresividad son evidentes en la historia individual y colectiva de los hombres. Es claro que la ira y las luchas humanas representan un papel muy preponderante en toda la "Historia Universal".

Los filósofos antiguos estudiaron de modo especial la naturaleza de la ira humana, y sobre todo su moralidad (baste citar el tratado *De ira*, escrito por LUCIO ANNEO SENECA). La agresividad humana fue estudiada por los antiguos como manifestación especial de la ira, y más aún como ingrediente básico de las luchas entre los hombres. Pero sólo la psicología moderna ha logrado calar (al menos parcialmente) en sus motivaciones profundas (a menudo inconscientes), y en sus múltiples formas y manifestaciones (frecuentemente camufladas y difíciles de discernir).

En este trabajo estudiaremos breve o resumidamente la ira según santo Tomás de Aquino, y la agresividad según la psicología moderna.

SANTO TOMAS DE AQUINO (1225-1274), aunque anclado en la Edad Media, es un maestro universal. Apoyado en el acervo del pasado, trasciende su propio tiempo, proyectándose hacia el futuro. Su doctrina se extiende a múltiples campos del conocimiento humano, pero siempre desde una perspectiva teológica (a no ser que actúe como intérprete o comentarista de algún filósofo). Nunca debe olvidarse esto cuando se trata de estudiar el pensamiento tomista sobre temas considerados hoy día como no-teológicos; por ejemplo, cuando se trata de la psicología de las *pasiones*.

En su *Summa theologiae*, I-II, cuestiones 22-48, santo Tomás

estudia las pasiones desde una perspectiva teológica, pero con gran amplitud y profundidad, tanto en la vertiente psicológica como en la moral.

Las *pasiones son* —según santo Tomás— movimientos del apetito sensitivo; son los actos por los que el hombre y el animal apetecen el bien o rehuyen el mal conocidos sensiblemente.

Las pasiones son “formalmente” apeticiones sensitivas; pero van siempre acompañadas por especiales “transmutaciones corporales”, que constituyen el elemento “material”¹.

El apetito sensitivo implica dos especies de potencias: la potencia apetitiva *concupiscible*, que versa sobre el bien y el mal simplemente considerados, y la potencia apetitiva *irascible*, que versa sobre el bien y el mal en cuanto “arduos” (o sea, en cuanto difíciles de conseguir o de rehuir).

La *ira* es una pasión que versa sobre el mal arduo presente. Se caracteriza por ser una sensación de fuerte desagrado, con ansia de venganza, ante un mal arduo presente (percibido o recordado como tal).

La ira implica una *tristeza* profunda por un mal (y especialmente por una injuria) que nos afecta dolorosamente, e implica también un fuerte *deseo* y *esperanza* de venganza.

De donde se siguen dos cosas: a) que no nos producen ira los males considerados como leves, pues nos entristecen poco o nada, y sobre todo no los estimamos dignos del esfuerzo de la venganza; b) que los males o injurias graves que no deseamos vengar o creemos no poder vengar, nos producen tristeza, pero no propiamente ira. “Pues no brota el movimiento de la ira sino a causa de alguna tristeza inferida, y supuestos el deseo y la esperanza de vengarse...; pues el irritado tiene esperanza de castigar, dado que apetece la venganza como posible; por eso si la persona que infirió el daño es muy poderosa, no se sigue ira, sino tristeza” (I-II, 46, art. 1).

Así como la ira es causada por *dos pasiones* (la tristeza y la esperanza), así también tiene *dos objetos* o términos de referencia: la venganza buscada como un bien, y la persona injuriante considerada como mala o perjudicial (cf. I-II, 46, 2).

¹ Cf. *Summa theologiae*, I, 20, art. 1 ad 1-2.

De lo cual se infiere que la ira también puede provenir de la *envidia*, la cual es una tristeza especial, que versa sobre el bien ajeno considerado como dañino para el bien propio².

Hay una relación mutua —una interacción— entre *la audacia y la ira*. Esta supone y sigue a aquélla, pues nadie ansía vengarse si no se atreve a ello. Y a su vez la ira, cuando ya está en marcha, hace aumentar la audacia³.

La ira se dirige principalmente contra las *personas*. Pero también afecta, por extensión, a los *animales brutos* y a todas las *cosas* que nos producen, causan alguna molestia grave, e incluso puede volverse contra *el mismo sujeto* (es decir, contra uno mismo), como lo muestra la experiencia⁴.

Sin embargo —dice santo Tomás—, *el hombre no puede airarse propiamente contra sí mismo* (pues, propiamente, nadie puede injuriar ni vengar a sí mismo); contra uno mismo sólo puede darse ira en sentido “metafórico”, en cuanto que el mismo sujeto tiene poder sobre sus miembros, y en cuanto que la razón y la voluntad pueden regir las potencias inferiores⁵.

La ira puede tener *causas objetivas* o externas, y *causas subjetivas* o internas. *Objetivamente* es causa de la ira todo lo considerado como dañino para nosotros y para las personas o cosas queridas⁶. Subjetivamente son causa u ocasión de ira algunas disposiciones del sujeto: a) la disposición natural irritable o melancólica, b) las situaciones actuales molestas, que nos inclinan a irritarnos fácilmente (véase I-II, 46, 5).

Las causas especiales y concretas de la ira pueden referirse a la persona irritada, o la persona injuriante. Se irritan especialmente las personas que se creen *superiores* o excelentes (ab-

² Cf. I-II, 34, art. 6; *Ibidem*, cuestión 36, arts. 1-4.

³ Pues el airado tiene la razón ofuscada y el corazón dilatado, y por eso se siente confiado y valiente, despreciando los detalles y los obstáculos (cf. I-II, 25, art. 3; *Ibidem*, art. 4 ad 2-3; I-II, 45, art. 4 ad 3; I-II, 48, art. 3).

⁴ Cf. MANUEL UBEDA, *Introducción a la Suma teológica*, I-II, cuestión 46 (Madrid, B.A.C., 1954, p. 988).

⁵ Cf. S. THOMAS, I-II, 46, 7 ad 2; II-II, 58, 2; *Ibidem*, 106, 3 ad 1.

⁶ “Nos irritamos contra aquellos que perjudican a otros y deseamos la venganza, en cuanto que aquellos a quienes se perjudica nos pertenecen de algún modo, sea por afinidad o por amistad, o por la igualdad de naturaleza al menos” (I-II, 47, 1 ad 22). “Lo que nos inspira gran interés lo conceptamos como un bien propio; por eso cuando lo desprecian, nos juzgamos despreciados nosotros mismos y nos damos por ofendidos” (*Ibidem*, ad 3).

solutamente o en algún sector determinado) y se sienten injuriadas. También son fácilmente irritables las personas que se consideran *defectuosas* (séanlo o no realmente), como los débiles, los enfermos, los ancianos, etc. "Lo que implica un defecto es lo que más contrista, porque los hombres sujetos a imperfecciones más fácilmente se sienten agraviados; y por esta razón los hombres débiles o que adolecen de defectos se irritan más fácilmente" (I-II, 47, 3).

Acerca de estas disposiciones para la ira escribe Bartolomé de MEDINA, ilustre comentarista de santo Tomás: "Las ofensas resultan especialmente intolerables para los no acostumbrados a recibirlas. Los débiles se irritan pronto y violentamente, pues creen ser despreciados como inválidos. Porque todos los enfermos tienen grandes sospechas de ser despreciados por los que les son superiores; por lo cual fácilmente se irritan los ancianos, los enfermos, los pobres, los de origen humilde y los cubiertos de ignominia. Los que beben mucha agua son vehementes e iracundos, pues poseen espíritus (animales) tenues, que fácilmente arden con la ira. Los bebedores de vino o de cerveza tienen esos "espíritus" más espesos y menos expuestos al incendio y a la ira. También están sujetos especialmente a esa afección los hombres dedicados al estudio, pues el esfuerzo de pensar hace subir el calor al cerebro, donde está la sede de la ira. Asimismo están muy expuestas a la misma las personas tiernas, delicadas, y muy consentidas; de ahí que sean muy graves y duraderos los enfados de los Príncipes, que son muy consentidos e incluso adulados por todos. El lugar también suele ser ocasión de ira, como cuando el maestro es despreciado en la escuela o el pretor en su ciudad..."⁷.

En ira ha que distinguir *dos elementos o aspectos*: uno formal o psíquico, y otro material o somático. "Lo *formal* en la ira le viene de la potencia apetitiva, y en este sentido la ira es apetito de venganza; lo *material* es la conmoción corporal especial, a saber, el ardor de la sangre alrededor del corazón"⁸.

¿Qué relación guarda la ira con la razón humana? La ira, en

⁷ *Expositio in Primam Secundae Angelici Doctoris D. Thomae Aquinatis...*, Salamanticae, 1582, p. 468 (In I-II, 47, 3).

⁸ S. THOMAS, *De malo*, cuestión 12, artículo 1.

el hombre, suele ser racional antecedentemente o en cuanto a su nacimiento (pues presupone cierto juicio acerca de la conveniencia o necesidad de vengar el agravio recibido); pero una vez iniciada, la ira suele turbar y desbordar a la misma razón, convirtiéndose así en irracional⁹.

Esto explica el hecho de que los muy beodos no se irriten ante las injurias (que no perciben como tales, por tener impedida la razón). Explica también que el hombre (normalmente) se avergüence menos de los pecados de ira que de los de lujuria (pues aquéllos se consideran como racionales o dignos del hombre, y éstos como irracionales e indignos)¹⁰.

En cuanto a la *división de la ira*, debemos notar que puede ser considerada primeramente en su doble vertiente, psicológica y moral.

a) *Psicológicamente* considerada, la ira se divide en pasional, voluntaria y mixta. La ira puramente *pasional* sólo se da en los animales brutos. La ira puramente *voluntaria* sólo puede darse en los espíritus puros. En el hombre (animal racional) la ira es siempre *mixta*, pero con predominio de una o de otra forma (es decir, de la afectividad sensitiva o de la intelectiva).

En los hombres la ira puede ser despertada por la *imaginación* que "anuncia" una lesión, o por la *razón* que da a conocer algún daño. Pero en los animales brutos sólo se da el primer proceso. (cf. I-II, 46, art. 7 ad 1). La ira de los mismos proviene siempre de su instinto natural o "estimativa", y del apetito sensitivo consiguiente, que los inclina a buscar el bien y a rehuir el mal (pero no de la razón ni de la voluntad, de las que carecen)¹¹.

b) *Moralmente* considerada, la ira es de suyo indiferente (como todas las pasiones); en los casos particulares será buena o mala según que se adapte o no a las normas de moralidad. En los santos (y sobre todo en Jesucristo) aparece claramente la ira buena (o "de celo" por la gloria de Dios). La ira mala (egoísta o "de vicio") aparece —en mayor o menor grado— en casi todos los hombres, y sobre todo en los perversos¹².

⁹ Cf. I-II, 46, art. 4.

¹⁰ Cf. I-II, 46, arts. 4-5; I, 76, art. 5 ad 3.

¹¹ Cf. I-II, 46, art. 4 ad 2.

¹² Cf. II-II, 158, art. 1-2; *In 3 Sent.*, dist. 15, q. 2, art. 2, q. 2; *In Epistolam ad Eph.*, c. 4, lect. 8.

Además, según su *diversa manifestación en los diversos sujetos*, la ira se puede clasificar en cólera, manía y furor. La *cólera* es propia de los sujetos fácilmente inflamables por la ira. Pues “la cólera tiene un movimiento mucho más rápido que los demás humores...”, y por eso los sujetos de complexión cólerica son los más irritables (I-II, 46, art. 5). La *manía* es típica de los hombres que conservan durante mucho tiempo, en la memoria, la tristeza causadora de la ira. El *furor* es la ira característica del que no descansa hasta no conseguir vengarse¹³.

La *iracundia* se puede considerar como una ira especialmente “diuturna” (como hábito o disposición permanente), o como cualquier clase de ira excesiva, contraria a la virtud de la “mansedumbre”, y por lo tanto vituperable (cf. II-II, 158, 1-6).

En la ira podemos distinguir *tres grados o etapas*: la ira en el corazón (o en la mente), la ira en las palabras, y la ira en las obras¹⁴.

La ira termina normalmente cuando le persona irritada cree haber logrado ya suficientemente la venganza y la reparación del mal (cf. I-II, 48, art. 1). Por eso es natural que cese o termine la ira cuando ha muerto el injuriante, y cuando éste pide perdón o excusas, tratando de reparar el mal que produjo. “De ese modo los que se arrepienten de las injurias hechas, y confiesan haber obrado mal y se humillan y piden perdón, mitigan la ira” (I-II, 47, art. 4).

La ira es de suyo una pasión vehemente y poco duradera, que (como un gran fuego) consume rápidamente toda la materia combustible. Pierde pronto intensidad, pues se basa en la consideración del daño recibido, el cual suele parecer menor y menos claro, a medida que el tiempo pasa. “Es evidente que los recuerdos disminuyen con el tiempo..., y como la ira es causada por el recuerdo de alguna injuria recibida, por eso la causa de la ira disminuye poco a poco con el tiempo, hasta perderse totalmente; además, la injuria parece mayor cuando por primera vez se siente, y poco a poco disminuye su estimación cuanto más se aleja uno de la sensación presente de la injuria” (I-II, 48, art. 2 ad 2).

¹³ Cf. I-II, 46, art. 8. santo Tomás se basa (en cuanto a esta doctrina) en NEMESIO DE EMESA, *De natura hominis*, c. 21 (PG, 40, 692).

¹⁴ Cf. S. THOMAS, I-II, 158, 5 ad 3; *Ibidem*, art. 7; *De malo*, 12, art. 5.

Acerca de las relaciones entre la ira y el odio, nota el Angélico lo siguiente. El odio sólo versa sobre el mal en cuanto tal, mientras que la ira versa a la vez sobre el bien y el mal (pues, como ya dijimos antes, busca el bien de la venganza contra quien nos hizo algún daño). Por eso, mientras el odio abarca tanto lo universal como lo particular, la ira sólo versa sobre esto último. Así, por ejemplo, podemos odiar a todos los ladrones; pero sólo podemos airarnos contra algún ladrón determinado (pues los daños personales, que trata de vengar la ira, sólo pueden venir de seres particulares). Sólo podemos airarnos contra toda una familia o población cuando nos creemos ofendidos por todos sus miembros o vecinos, en cuanto que forman una persona moral¹⁵.

El odio es, de suyo, un pecado más grave que la ira, pues aquél versa sobre el mal en cuanto tal, mientras que ésta versa a la vez sobre el bien y sobre el mal. El que odia desea el mal del enemigo como mal, mientras que el airado quiere el mal de aquel contra quien se irrita, no como un mal, sino en cuanto que este mal tiene algo de bien, pues lo estima como justo y vindicativo. "Por eso el airado desea que aquel a quien causa daño lo sienta y se duela, y sepa que este mal le viene en castigo de su ultraje; en cambio, quien odia no se cuida de eso, pues desea para el otro el mal en cuanto tal"¹⁶. De ahí también que la ira se calme o cese totalmente con el castigo proporcionado al daño inferido, mientras que el odio suele ser insaciable (cf. I-II, 46, art. 6 ad 1).

Además, el odio es, de suyo, mucho más estable y duradero que la ira. Pues ésta brota de una conmoción pasajera del ánimo, producida por un ultraje, mientras que el odio procede de una disposición habitual, que hace considerar permanentemente como nocivos algún objeto o persona. Por lo cual la ira suele terminar pronto, mientras que el odio es casi incurable (I-II, 46, 6 ad 3).

Sin embargo, aunque sea menos grave y duradera, la ira es como una llamarada (producida por la inflamación de la cólera o de la bilis), mucho más intensa y cegadora que el fuego lento y permanente del odio. (cf. I-II, 46, 6 ad 1).

¹⁵ Cf. I-II, 46, 7 ad 3; *De veritate*, 12, 5 ad 3.

¹⁶ I-II, 46, 6 ad 2. Véase *Ibidem*, corp., y *De veritate*, 12, 5 ad 3.

La ira no curada, y conservada por largo tiempo, puede convertirse en "ira inveterada", y degenerar así en verdadero odio¹⁷.

Sin embargo, la causa propia y objetiva del odio suele ser la *envidia*, mientras que la ira sólo es causa dispositiva o subjetiva (cf. II-II, 34, art. 6 ad 3).

Los efectos de la ira son muy variados. Ya indicamos antes algunos, sobre todo al hablar de los cambios somáticos que la acompañan. Pero ahora debemos explicarlos todos detalladamente.

El efecto principal de la ira es *el deleite del desagravio*, que elimina la anterior tristeza (producida por el agravio) y apaga la misma ira. Pero ese deleite no siempre se consigue perfectamente y de hecho; a veces sólo se obtiene de modo imperfecto, en la esperanza o en el pensamiento (cf. I-II, 48, art. 1). Todo esto admite (como es claro) diversos grados y diversas formas.

Otro efecto de la ira es *la efervescencia de la sangre*, junto con un especial calor expansivo del cuerpo, que impulsa a la venganza. Este hervir de la sangre y este calor del cuerpo se manifiestan sobre todo en el corazón, y en menor grado en los miembros exteriores: el corazón palpita con fuerza, el cuerpo tiembla, se enciende el rostro, los ojos centellean, se tensan los músculos, y la boca prorrumpe en gritos, de cuyo sentido apenas se da cuenta la persona airada¹⁸.

Es más intensa la incandescencia de la ira cuando el agravio es imprevisto, y también cuando se concentra en un solo objeto (sobre todo si lo queremos o estimamos mucho). Disminuye normalmente dicha intensidad cuando la injuria va quedando atrás en el tiempo y conservándose solamente en el recuerdo¹⁹.

Puede observarse que la efervescencia de la ira no va acompañada de dulzura, como la del amor, sino de amargura, pues procede de la evaporación de la hiel (cf. I-II, 48, 2, ad 1-3).

La fuerte conmoción corporal que acompaña a la ira, sobre

¹⁷ I-II, 46, 6 ad 3; II-II, 34, 6 ad 3; *De veritate*, 25, 2 ad 7.

¹⁸ Cf. I-II, 48, 2. Santo Tomás toma esta doctrina de SAN GREGORIO MAGNO (*Moralia*, V, 45), y de L. A. SENECA (*De ira*, 1). Véase la magnífica descripción que de la ira hace CERVANTES en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, libro 1, capítulo 46.

¹⁹ S. THOMAS, I-II, 47, arts. 1 y 3; *Ibidem*, 48, 2 ad 2, y 3 ad 3.

todo alrededor del corazón, *perturba gravemente los actos de la razón y de la voluntad*, al trastornar los procesos sensitivos (cognoscitivos y apetitivos) que les sirven de base. Dicha perturbación explica el *proceder demasiado franco y audaz* del airado. El cual, ofuscado por la ira, y con el corazón dilatado, nada puede disimular y busca osadamente la venganza de la injuria, despreciando las circunstancias y los detalles ²⁰.

La ira puede producir también un efecto contrario a los anteriores; en vez de actividad y locuacidad, puede producir *inmovilidad* y especialmente *mutismo*. “El crecimiento de la ira llega algunas veces hasta impedir a la razón la represión de la lengua; pero otras veces va más lejos, y llega a impedir el movimiento de ésta, y el de otros miembros” (I-II, 48, 4 ad 2).

Santo Tomás distingue —como ya indicamos antes— tres etapas en la ira: la ira en el corazón o en la mente, la ira en las palabras, y la ira en las obras ²¹.

Estas dos últimas etapas de la ira constituyen formas de ataque a las personas por las que nos creemos damnificados. Son, como diríamos hoy día, *formas externas de agresividad humana*, provocadas por la pasión de la ira. Esta —como todos los pecados internos— es más grave de suyo; pero aquellas manifestaciones externas son especialmente dañinas para los demás hombres ²².

El *ataque verbal* del airado puede realizarse de diversos modos, y especialmente con insultos y maldiciones, que suelen dar lugar a *contentiones* o disputas violentas.

Los *ataques factuales* (o de hecho) se llaman *rixae*, es decir, riñas o pedencias. La riña (rixa) es, propiamente hablando, una lucha entre personas privadas, entablada por ira o enemistad personales (y no por la autoridad pública). La lucha oficial o entablada por autoridad pública es el *bellum* o la guerra propiamente dicha.

Nota santo Tomás que hacer daño a otro es pecado, a no

²⁰ Cf. I-II, 48, 3; *Ibidem*, ad 1-2.

²¹ Cf. II-II, 158, 5 ad 3; *Ibidem*, art. 7; *De malo*, 12, art. 5.

²² “Odium est maius peccatum quam exteriores actus qui sunt in proximi nocumentum...; sed quantum ad nocumentum quod proximo infertur, peiora sunt externa peccata quam interius odium” (II-II, 34, 4).

ser que se vea uno obligado a ello para defenderse a sí mismo, o para defender a otros (evitando siempre el odio, y usando la debida moderación)²³. La guerra sólo es justa cuando concurren en ella estas tres condiciones: la autoridad del "príncipe" o jefe de Estado, una causa justa, y la intención recta de los combatientes²⁴.

En los escritos de santo Tomás no aparece el término *agresividad* (desconocido por los antiguos). Sí aparecen, en cambio, el verbo agredir (*aggredi*), y sus derivados *agresor* y *agresión*.

El doctor Angélico usa el verbo *aggredi* en el sentido de abordar una cuestión o un trabajo difícil²⁵. Más importante es el uso que hace de *aggredi* como significativo de *atacar*, que es el acto secundario de la virtud de la *fortaleza*; pues es más importante y difícil soportar (*sustinere*) los males, que atacarlos (*aggredi*). "La fortaleza, pues, tiene dos actos: soportar y atacar; y no emplea la ira para el primer acto (pues para él basta la razón), sino para el segundo"²⁶.

Resumidamente podemos decir que —según santo Tomás— la ira y la agresión tienen su origen en la inclinación natural del hombre (y del animal) a repeler todo lo nocivo. Lo cual realizamos defendiéndonos para no ser dañificados, y vengando los males o agravios recibidos (cf. II-II, 108, art. 2). La ira y la agresión proceden del "corazón" o del interior del hombre, y se traducen en palabras ofensivas, y en riñas o peleas, con todas las consecuencias de las mismas: heridas, homicidios, etc.²⁷.

Para terminar este apartado, veamos cuáles son los *remedios principales de la ira*, según el Aquinatense.

Como norma general, dichos remedios consistirán en eliminar o aminorar —en lo posible— las causas de la ira.

Se tratará de dominar el propio carácter colérico, y las situaciones molestas, que empujan a la ira. Pues todo lo que aminora la tristeza y el mal humor, dificulta y debilita la ira.

²³ Cf. II-II, 41, 1-2; II-II, 158, 7.

²⁴ Cf. II-II, 40, 1; *Ibidem*, 10, 8; *Ibidem*, 42, 2 ad 1.

²⁵ Cf. I parte de la *Summa theologiae*, cuestión 29, al inicio; I, cuestión 43, art. 6 ad 2.

²⁶ II-II, 123, 10 ad 3; Véase *Ibidem*, arts. 6 y 8.

²⁷ Léase *De malo*, cuestión 12, artículo 5.

Se procurará, además, reflexionar sobre los males producidos por la ira, superiores casi siempre a los bienes que produce o parece producir.

En particular, debemos esforzarnos por ser *como sordos* para no oír los improperios, y como *mudos* para no decir palabras injuriosas²⁸.

También debemos procurar olvidar las injurias, y sobre todo conviene aplazar la venganza, sabiendo que la dilación y la espera suelen hacernos más clarividentes, mitigando así nuestra ira.

De todos modos, *en el orden natural*, "el mejor remedio contra la ira es el reconocimiento de la propia fragilidad"²⁹. Lo que en lenguaje moderno equivale a decir que el mejor medio para vencer la ira es ser "comprensivos" de nosotros mismos y de los demás.

En el orden sobrenatural, el mejor remedio contra la ira es la contemplación y la imitación de la paciencia y de la mansedumbre de Cristo³⁰. Pues a esas virtudes pertenece precisamente moderar o controlar la ira³¹.

Pasemos ahora a estudiar *la agresividad humana*, tal como es visualizada por la Psicología moderna, y especialmente por el Psicoanálisis.

La agresividad humana (o la actitud y actividad violenta de unos hombres contra otros) es tan antigua y universal como la misma humanidad. La verdad de esta afirmación es probada trágicamente por la historia entera de la humanidad.

Es triste tener que constatar que el hombre es el más agresivo de todos los animales. Dicen los zoólogos que, entre todos los vertebrados, solamente los hombres (y quizá también algunas familias de roedores) matan habitualmente a sus congéneres.

²⁸ Cf. S. THOMAS, *In Psalmum 37*, v. 8. Refiere la leyenda que san Vicente Ferrer aconsejó a una mujer que tuviese en la boca cierta agua "milagrosa" mientras le improperaba su marido. Este, al no ser respondido, dejó pronto de insultarla. Y así cesaron las disputas matrimoniales por aquello de que "dos no discuten si uno de ellos no quiere".

²⁹ S. THOMAS, *In Epistolam ad Titum*, c. 3, lect. 1.

³⁰ *In Epistolam I ad Cor.*, c. 13, lect. 2.

³¹ Cf. II-II, 136, 1-2; *Ibidem*, 157, 2-4.

Cuando algún animal bruto mata a alguno de sus congéneres, lo hace siempre casualmente, como efecto (no intentado) de una lucha intensa por defender su pareja, sus crías, su alimento o bebida, su dominio grupal o territorial. Normalmente, después de algún tiempo de lucha, se retira o se somete uno de los contendientes; el vencedor queda satisfecho, y cesa la lucha. Pues en el animal bruto se equilibran casi perfectamente el impulso agresivo y las "inhibiciones naturales"³². Desgraciadamente no sucede así en los hombres. En éstos faltan o fallan dichas inhibiciones, y sobran el orgullo, la sed de venganza y sobre todo las "racionalizaciones" sofisticadas; por lo cual fácilmente atacan a sus semejantes, y la lucha sólo termina (muchas veces) con la lesión grave o la muerte, aun cuando huya o se someta uno de los contendientes.

Afirman algunos que la agresividad humana es típica del *varón*, pero no de la *mujer*. Pero la observación y la historia contradicen a esa opinión. Es verdad que, estadísticamente, los casos de agresión humana abundan mucho más entre los varones (que casi siempre han ocupado puestos más destacados en la sociedad). Mas tampoco escasean en el llamado "sexo débil". Baste citar los nombres históricos de Débora y de Jael (*Jueces*, capítulo 4), Jezabel (*I Reyes*, c. 21), *Judit*, c. 13). Fulvia (mujer de Marco Antonio), Mesalina (esposa del emperador Claudio), Fredegunda y Brunequilda en la Edad Media, María I e Isabel I de Inglaterra en la Edad Moderna³³.

Es grande la carga de agresividad latente en todos los hombres, aun en los aparentemente más pacíficos. Aunque (como dice Juan ROF CARBALLO) "cueste trabajo creer que esa fragil damisela, de cándidos ojos azules, que lee en un rincón del autobús una novela rosa, albergue en su estructura biológica tone-

³² Ya en el siglo XVI había escrito LEONARDO DA VINCI: "Es el cordero sumo ejemplo de humildad. Se somete a todos los otros animales. Cuando es arrojado a la jaula del león, para servir a éste de alimento, se entrega a él como a la propia madre, y tan mansamente, que se ha visto muchas veces al león negarse a matarlo" (*Aforismos*, ed. Madrid, 1965, p. 101).

³³ Según ALFONSO PASO, es común considerar la agresividad como rasgo típico del español (la famosa "furia española"). "El español se aburre si no tiene a quien atacar, en España si muchos se muestran reacios para colaborar en levantar un edificio, hay infinidad de entusiastas que colaboran en derribarlo" (artículo en el diario ABC, Madrid, 20 de enero de 1961).

ladas de agresividad, y que lo mismo ocurre con aquel beatífico varón que, enfrente de ella, va repasando su breviario”³⁴.

¿Es agresivo el hombre por algún instinto natural, o solamente por influjo de su mente orgullosa, sofisticada y vengativa, estimulada por una “cultura” que ha viciado su naturaleza?

En la visualización de este problema (siempre muy discutido) abundan los pensadores *optimistas* y *pesimistas*. Unos creen que el hombre bien instruido y formado será siempre bueno y afable con los demás (así opinan Sócrates, Leibniz, Rousseau y demás filósofos de la Ilustración...) Otros, en cambio, opinan que el hombre tiene instintos fuertes que le inclinan a hacer el mal, y que para corregir esas tendencias y evitar las luchas fratricidas no basta la educación, sino que se necesita el ejercicio de las virtudes morales y políticas (Aristóteles), o también la gracia sobrenatural (san Agustín y los pensadores cristianos en general), o a intervención rectora del Estado (Hobbes, Schopenhauer...)

Ya el viejo filósofo Empédocles de Agrigento (c. 450 A. C) decía que el Amor (*Eros*) y el Odio o la discordia (*Neikos*) eran las dos fuerzas antagónicas que dominaban y regían el cosmos.

Una doctrina afin, pero mucho más precisa, fue defendida modernamente en el campo psicológico por Sigmund FREUD (1856-1939), fundador del “Psicoanálisis”. Freud sólo admitía al principio el *Eros* o instinto de vida (con la energía correspondiente, llamada *libido*) como propulsor del entero psiquismo humano. Pero posteriormente la observación más atenta de los hechos (y sobre todo de múltiples hechos trágicos de la I.ª Guerra Mundial) le movieron a admitir, además, otro instinto humano primario (aunque menos importante que el *Eros*): el instinto agresivo o de muerte, llamado *Thánatos*. En su obra *Más allá del principio del placer* (1920) afirma Freud la existencia del instinto agresivo, que en una nota añadida posteriormente (el año 1923), dice que debería llamarse más bien instinto destructivo o instinto de muerte. En *Nuevas aportaciones al Psicoanálisis* (1933) afirma claramente: “Suponemos que hay dos clases

³⁴ *Medicina y actividad creadora*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1964, p. 209).

³⁵ En *Obras Completas de Sigmund Freud*, ed. Biblioteca Nueva, tomo II, Madrid, 1948, p. 835.

de instintos esencialmente diferentes: los instintos sexuales, entendidos en el más amplio sentido —el *Eros*, si preferís ese nombre—, y los instintos de agresión, cuyo fin es la *destrucción*³⁶. Y en otra de sus obras (escrita en 1930) se lee lo siguiente: “El hombre no es (solamente) una criatura tierna y necesitada de amor; sino, por el contrario, uno entre cuyas disposiciones debe incluirse una buena porción de agresividad... *Homo homini lupus*: ¿quién se atrevería a refutar este refrán, después de todas las experiencias de la vida y de la historia?”³⁶.

Freud mantuvo siempre, como uno de los ejes de su doctrina, el llamado *complejo de Edipo*: el niño, enamorado de la madre, siente profundos celos contra el padre, con los consiguientes deseos de parricidio (celos y deseos que suelen ser inconscientes); y lo mismo hay que decir, respectivamente, de la niña, respecto del padre y de la madre.

Según el Psicoanálisis, ya desde la primera infancia lucha el hombre contra sus reacciones agresivas. Trata de asimilarlas e “introyectarlas”, refrenándolas en su interior (mediante el “Super-Yo”). Pero no siempre lo consigue. A veces se ve a los niños destrozando sus más queridos juguetes, e incluso las casitas por ellos construidas. Comunmente la agresividad acaba por transformarse, de modo que muchas de sus manifestaciones no suelen ser reconocidas como tales. La tendencia agresiva reaparece en el adulto no sólo en los ataques de palabra y de obra, sino también bajo la forma (transformada) de finura y de solitud exageradas. Se da también la inversión o el repliegue de la agresividad sobre uno mismo (al no encontrar salida fácil hacia afuera), dando origen a diversas neurosis, a la autopunición, e incluso al suicidio³⁷.

El mismo Freud, y muchos médicos después de él, han descubierto que a veces se revela en el hombre un deseo inconsciente de morir o de “acabar de una vez”. Según Konrad LORENZ, “cualquiera que haya conducido a gran velocidad, estando realmente enojado, sabe, en la medida en que es capaz de observarse en esas condiciones, la fuerte inclinación a un comportamiento

³⁶ *El malestar en la cultura*, en *Obras Completas de Sigmund Freud*, ed. cit., tomo III, Madrid, 1963, p. 37.

³⁷ Cf. Gregory ZILBOORG, *Quelques problèmes d'agressivité*, en *Supplement de La Vie Spirituelle*, 1953, pp. 409-419.

autodestructivo que experimenta en una situación semejante"³⁸.

Herbert MARCUSE (uno de los autores actualmente más en boga) afirma que el *Eros* humano es reprimido inhumanamente por la civilización actual. Es necesario luchar, incluso violentamente, hasta destruir esa civilización, sustituyéndola por otra, verdaderamente humana (y no represiva), en la que el hombre pueda desarrollar con entera libertad sus posibilidades vitales.

Marcuse opina que la doctrina de Freud ha sido deformada por sus discípulos (y especialmente por Erich Fromm, Harry Stack Sullivan, Karen Horney, Clara Thompson, etc.).

Se distingue de Freud en muchos puntos importantes, y sobre todo en los siguientes:

a) Exagera mucho más, e incluso absolutiza el valor del *Eros*. Niega la importancia del *Thánatos* (considerando la agresividad como una manifestación del instinto vital).

b) Admite la posibilidad de la reconciliación (gracias a las facilidades del ocio y de la diversión ofrecidas por la técnica) entre la razón (principio de la realidad) y la sensualidad (principio del placer) en un nivel estético, y medio entre ambas.

c) Niega la necesidad o conveniencia de cualquier represión del *Eros*, y enseña que puede haber una civilización no-represiva (estético-erótica), en la que el hombre será del todo libre y feliz (pues el cuerpo dejará de ser instrumento de trabajo y se convertirá en instrumento de placer).

La mentalidad de Marcuse es esencialmente materialista, socialista y utópica. Prescinde totalmente de la dimensión religiosa del hombre. Considera válida la doctrina marxista; pero critica el marxismo soviético y otros marxismos concretos como formas represivas, afines al capitalismo³⁹.

La doctrina de Marcuse aparece aun más exagerada en al-

³⁸ Citado en M. F. Ashley MONTAGU, *Hombre y agresión*, ed. Kairós, Barcelona, 1970, p. 159.

³⁹ Cf. HERBERT MARCUSE, *Eros y civilización*, trad. esp., Barcelona, Seix Barral, 1968; IDEM, *El final de una utopía*, ed. Ariel, Barcelona, 1968; IDEM, *El hombre unidimensional*, ed. Seix Barral, Barcelona, 1969; IDEM, *Ética de la revolución*, ed. Taurus, Madrid, 1969; H. MARCUSE y colab., *Marcuse polémico*, ed. J. Alvarez, Buenos Aires, 1968. Véase también M. DE FOYACA DE LA CONCHA, *Leyendo a Marcuse*, ed. Studium, Madrid, 1969; F. FERROUX, *Ferroux interroga a Marcuse*, ed. Nova Terra, Barcelona, 1970.

gunos *grupos revolucionarios actuales*, que tratan de atacar y destruir todo el orden cultural existente (por todos los medios posibles), a fin de iniciar una nueva civilización partiendo de cero. Tienen una mentalidad ingenua, y propiamente juvenil: como muchos jóvenes (de todas las generaciones, que han sido, son y serán), quieren destruir la actual “torre de Babel”, para edificar, en su lugar, otra más perfecta, y sobre todo “más moderna”.

La actividad de estos grupos revolucionarios, empeñados en destruir la cultura occidental, es manejada y promovida egoísticamente por algunos gobiernos poderosos.

Dicha mentalidad de “revolución violenta” ha pasado últimamente del plano político al nivel filosófico y teológico. Actualmente abundan los filósofos y teólogos morales que —más o menos decididamente, y con más o menos reservas— defienden la licitud de la “violencia” (incluso de la “violencia calculada y planeada”) como medio para conseguir una “humanidad mejor”. Muchos llegan hasta defender la licitud de homicidio real, en favor de esa hipotética humanidad (suponiendo, al menos implícitamente, que “el fin justifica los medios”).

Esta doctrina ha influido mucho, a su vez, en la práctica revolucionaria. De ese modo se ha establecido una íntima sinergia o interacción entre la teoría y la praxis de la violencia.

Pero nosotros nos contentaremos aquí con estas breves consideraciones, pues sólo queremos movernos en el plano propiamente psicológico⁴⁰.

Y ahora nos preguntamos: *¿es instintiva la agresividad humana?*

Antes de responder debemos explicar que entendemos por *instinto* un conjunto de actividades psico-físicas (conocimientos, apeticiones, movimientos), que es innato (no aprendido), propio y constante en cada especie animal.

Es claro que todo instinto (por ejemplo, el instinto cinegético del gato) puede ser considerado en *diversas etapas*: en la etapa

⁴⁰ Cf. Semaine des Intellectuels Catholiques, *La violence*, ed. Desclée de Br., París, 1967; A. DUMAS y colab., *Teología de la violencia*, trad. esp., Ed. Sígueme, Salamanca, 1970.

inicial o de mera tendencia, en la etapa media de desarrollo exterior, y finalmente en la etapa última de su consumación.

Es claro, además, que los instintos llamados “comunes” (como el nutritivo y el sexual en todos los animales, o el nidificativo en las aves) son distintos realmente según las diversas especies, y que además se dan instintos propios y exclusivos de las diversas especies animales (como se ve claramente en las abejas, las hormigas, las arañas, etc.)

Debe notarse amísimamente que todos los instintos pueden ser afectados notablemente por la experiencia y por los diversos influjos del medio ambiente.

Nosotros opinamos que la agresividad humana sólo puede y debe ser considerada como estrictamente instintiva en su etapa inicial: como inclinación o tendencia natural del hombre a descargar lesivamente su ira (o simplemente su actividad) sobre sus semejantes. Aunque (para ser más exactos), más que de “instinto agresivo”, debería hablarse de “instinto luctativo”, ya que la agresividad tiene un sentido demasiado restringido y peyorativo.

Creemos que no se puede negar la existencia, en el hombre adulto y normal, del instinto nutritivo (ordenado a la conservación individual) y del instinto sexual (ordenado a la conservación de la especie). La existencia en el hombre del instinto luctativo no es ciertamente tan clara y necesaria; pero no parece razonable negarla, como hacen algunos autores⁴¹.

Sintéticamente podríamos decir que la agresividad humana sólo es *instintiva* en cuanto que el hombre posee la tendencia innata a luchar contra todo lo que se opone a su afán de felicidad o perfección (incluyendo a los demás hombres).

Análoga doctrina a la nuestra —aunque con distinto enfoque y terminología— parece defender el doctor Antonio Linares Maza, al afirmar que la agresividad humana no es un instinto, pero sí una conducta instintiva. Los instintos —explica dicho autor— los encontramos en toda la serie animal, polarizados alrededor de los dos grandes centros de conservación del individuo

⁴¹ Como, por ejemplo, M. F. ASHLEY MONTAGU (obra cit., p. 15). Quien opina que “toda la conducta humana es aprendida”.

y de la especie. Las conductas instintivas son actividades al servicio de los instintos. Bastante específicas y rígidas en los escalones zoológicos inferiores, y más variables y adaptables, conforme nos elevamos, alcanzan en el hombre la máxima variabilidad por causa de la interacción de las fuerzas instintivas con los estratos noéticos y volitivos superiores de su personalidad. Las conductas agresivas, al igual que todas las instintivas, pueden ponerse en marcha por estímulos internos, externos, o de ambas clases, conjugados (que es lo más habitual). Los psicoanalistas han insistido más en los estímulos internos, y los conductistas y otros autores han hecho demasiado énfasis en los externos ⁴².

Sin embargo, algunos escritores afirman que la agresividad humana se produce siempre como reacción a alguna *frustración* sufrida por el sujeto; de modo que (según ellos) si los niños vivieran en ambientes apropiados, serían siempre afables y nunca agresivos.

Pero esta doctrina es utópica y fantástica, como lo prueba la experiencia diaria y multiseccular ⁴³. Es utópico creer que, superadas la miseria material y la ignorancia, el hombre será, sin más, feliz y dichoso. Los hechos, antiguos y recientes, prueban que la prosperidad y la cultura solas no bastan para darnos la felicidad. Arturo SCHOPENHAUER, hombre pesimista, pero también agudo observador dice lo siguiente: aunque se pusiera remedio total a la injusticia y a la miseria, los hombres no dejarían de pelearse por hastío, por orgullo, por odio, por envidia, o simplemente por el placer de la actividad y de la aventura. "El hombre —escribe UNAMUNO— inventa pretextos para disputar y reñir" ⁴⁴.

La agresividad humana parece ser uno de los factores que hace imposibles la convivencia pacífica y la felicidad en este mundo. La historia enseña que los hombres luchan sacrificadamente por conseguir una sociedad próspera, y obtenida ésta, se sienten hastiados y luchan por destruirla...

⁴² A. LINARES MAZA, *La agresividad desde el punto de vista de la Psicología Clínica*, art. publicado en *Revista de Psicología General y Aplicada*, 18 (1963), 865-871.

⁴³ Cf. A. STORR, *La agresividad humana*, ed. Alianza Editorial, Madrid, 1969, pp. 95 ss.

⁴⁴ MIGUEL DE UNAMUNO, *La Princesa doña Lambra*, escena IV (en Teatro Completo, ed. Aguilar, Madrid, 1959, p. 336).

La agresividad humana (en mayor o menor grado y bajo diversas formas) siempre ha existido, existe y existirá. Pues el hombre aspira a la perfección y a la felicidad, y siempre encontrará obstáculos a esa aspiración: en las cosas, en las demás personas, en sí mismo. Y frecuentemente tratará de descargar su disgusto en otras personas: en las más próximas (en los familiares, amigos o vecinos), o en las lejanas y desconocidas (en los masones o judíos, en todos o en algunos extranjeros...) Aunque comúnmente todas esas personas no sean de ningún modo responsables de los males que provocan la agresividad. Con frecuencia el gran responsable es el mismo hombre irritado, que descarga su agresividad en otros como en "chivos expiatorios" (*agresividad desplazada*).

La creencia y la práctica del *chico expiatorio* es común (bajo diverso ropaje) a la psicología humana de todos los tiempos y lugares⁴⁵. Escribe Giovanni GUARESCHI: "Cuando las cosas van mal, lo importante no es encontrar el modo de hacerlas marchar bien, sino encontrar alguno a quien echarle la culpa"⁴⁶.

En las reacciones "anormales" de la agresividad, llamadas *sadismo* y *masoquismo* aparece claramente la mezcla del instinto erótico y del agresivo. El tipo *sádico* obtiene placer sexual produciendo daño físico a su pareja. El tipo *masoquista* obtiene lo mismo experimentando dolor corporal. El sadismo es más típico del varón; y el masoquismo, de la mujer.

Esas y otras formas de conducta (normales y anormales) prueban que los sentimientos humanos (amor y odio, temor y deseo, miedo y valentía...) se mezclan inextricablemente, y que son "ambivalentes" (pues unos ocultan y se trasforman en otros)⁴⁷. El amor y la agresividad suelen ir juntos en el amor intenso o "violento". Los insultos exagerados suelen ocultar admiración o amor inconscientes, y los grandes agasajos pueden ser signos de odio o agresividad latentes.

⁴⁵ Léase *Exodo*, c. 29, y *Levitico*, c. 16. Véase IGOR A. CARUSO, *Psicoanálisis para la persona*, trad. esp., Barcelona, ed. Seix Barral, 1965, pp. 144 ss.

⁴⁶ G. GUARESCHI, *don Camilo*, trad. esp. Buenos Aires, ed. G. Kraft, 1955, p. 136 (capítulo "A orillas del río").

⁴⁷ Conocía bien esta "ambivalencia" de los sentimientos humanos el famoso Georges Clemenceau. Paseaba una vez por París, junto con un amigo. La gente, entusiasmada con su presidente, le tiraba claveles desde las ventanas. ¡Esto es maravilloso! dijo Clemenceau; pero vayamos de prisa, no sea que después de las flores nos tiren los tiestos.

Notemos, finalmente, que el instinto luctativo (o agresivo) *puede ser causa de grandes bienes o de grandes males*, según que sea o no debidamente regulado por la razón. La lucha y la competencia entre los hombres pueden inducir a éstos a desarrollar mejor sus aptitudes nobles, a fin de triunfar y de sobresalir. Según Alfred ADLER, la "voluntad de dominio" o el afán de sobresalir es el acicate más poderoso del psiquismo humano. Parece ser que A. Adler fue el primero (al menos entre los autores de "Psicología Profunda") en hablar claramente de un "instinto agresivo" especial, que influiría grandemente en toda la conducta humana. Expuso esta doctrina en su obra *Der Aggressionstrieb* (Viena, 1908). Esta obra indujo al mismo Freud a fijarse en la importancia de la agresividad (y al consiguiente cambio doctrinal, antes referido). Pero en sus escritos posteriores, A. ADLER da poca importancia a la agresividad, considerándola solamente como función reactiva, al servicio de la "voluntad de dominio"⁴⁸.

Según los psicólogos actuales, la agresividad parece calmarse descargándola sobre sustitutos de juguete, según se ha experimentado en algunos laboratorios, empleando el llamado método de *liberoterapia*⁴⁹. Dicha liberación de la agresividad se realiza normal y diariamente en muchos deportes. Especialmente "el fútbol sirve, hoy día, de válvula de escape a la agresividad de las gentes, y también sirve de válvula de escape a sus deseos de gritar su angustia y de buscar protección en la masa"⁵⁰.

Por lo tanto, la irascibilidad y la lucha deben ser bien educadas, especialmente en los niños. Dejar desarrollarse en plena libertad las actividades instintivas de los jóvenes llevará a las consecuencias fatales que aparecen ya en muchas naciones (abulia, uso de drogas, desenfreno moral...) Reprimirlas totalmente

⁴⁸ Véase especialmente A. ADLER, *El sentido de la vida*, trad. esp., ed. Luis Miracle, Barcelona, 1955.

⁴⁹ Cf. ERNEST R. HILGARD, *Introducción a la Psicología*, trad. esp., tomo II, ed. Morata, Madrid, 1966, pp. 219-220 y 249.

⁵⁰ JUAN ROF CARBALLO. Entre el silencio y la palabra, Madrid, 1960, p. 287.

puede llevar a la neurosis o al crimen. La mejor solución es la integración de esas actividades en el conjunto total de la personalidad, y en el conjunto de la misma sociedad, fomentando especialmente la responsabilidad, la solidaridad y el respeto a los demás ⁵¹.

MARCOS F. MANZANEDO, O. P.

⁵¹ Ya decía SOLON —uno de los “siete sabios” de la antigua Grecia— que “el pueblo obedece mejor a sus dirigentes cuando no se le deja demasiada libertad, ni se le impone demasiada violencia” (*Aforismos*, trad. esp., Madrid, 1967, p. 75). Otros aspectos de la agresividad humana (y sobre todo, su explicación psicológica y su exacerbación actual) los exponemos en el artículo titulado *La agresividad humana* (*Studium*, 1970, pp. 527-539).